

"La maldición de la gallina parda"

Comedia de intriga en 1 acto

PERSONAJES

LAURA... Entre 30 y 40 años

ANTONIO... Marido de Laura, de la misma edad aproximadamente

ANSELMO... El mayordomo, anciano, más de 60 años

DOROTEA... El ama de llaves, también anciana

ANGELA... Rondando los 30 años

JOAQUIN... Marido de la anterior, de su edad más o menos

La obra se ambienta en Asturias, en la zona rural, en una época indefinida, pero en todo caso anterior no demasiado actual, pero es extrapolable a cualquier otro lugar, cambiando el nombre de algunos lugares. Esta obra es un homenaje a "La ratonera", de Agatha Christie, así que cualquier parecido con ella... es algo más que pura coincidencia.

ACTO ÚNICO

La escena representa un salón con muebles antiguos. Al menos una mesa y unas sillas, un armario o unos muebles. Algunos cuadros por las paredes, uno de ellos de una gallina parda destacando sobre los demás. Todo polvoriento y descuidado. Hay un arco a un lado, desde donde se sale a la calle, un ventanal al frente, con unas cortinas hasta el suelo, y el principio de unas escaleras a la derecha, también pasando un arco. Al abrir el telón la escena estará en penumbra. Truenos y ruido de tormenta, que se oirá ocasionalmente durante la obra, y sobre todo cuando se abra la puerta que da a la calle, o el ventanal. Entran de la calle ANTONIO y LAURA, empapados y con una maleta. Son un matrimonio entre treinta y cuarenta años. Cierran rápidamente la puerta.

LAURA.- ¡Cuernos! ¡Qué manera de echar agua!

ANTONIO.- *(Enciende un mechero que ilumina un poco la escena)* Era lo que nos faltaba para redondear el viaje. ¡Válgame Dios! Hemos salido a las nueve de la mañana de Carbayín, y ya ves. Este pueblo perdido en mitad de ningún sitio. Primero tren, luego coche de línea, después un carro, y al final, a pie. Si vamos a Madrid, tardamos menos. Y para colmo, ya ha oscurecido.

LAURA.- Es que vaya donde ha ido a hacer esta vieja la casa, ¿eh? Esta casa está más perdida que un chino en un encierro de toros. El vecino más próximo debe de estar a más de dos horas.

ANTONIO.- Eso cuando esté el camino bien. Hemos tenido que venir andando casi un cuarto de hora por culpa del derrumbe aquel.

LAURA.- No sé... Me parece que lo que pasó ha sido que el carretero no ha querido llegar con el carro hasta aquí, porque aquel derrumbe se pasaba bien.

ANTONIO.- ¿Te parece? La verdad es que no estaba muy tapado el camino, no.

LAURA.- ¿Y has visto como corría cuando se iba? Si no nos dio tiempo ni a pagarle. Oye, mira a ver si enciendes una luz por ahí.

ANTONIO.- Viendo donde está esta casa, no creo que haya ni corriente. Voy a ver si doy con una vela o algo. *(Busca)*. ¡Buf! La última que se limpió aquí debió ser

cuando mi tía hizo la primera comunión...

LAURA.- ¿Encuentras algo?

ANTONIO.- No hay nada por aquí... Voy a ir a ver a la otra sala... *(Al ir a salir hacia la otra sala se da de bruces con ANSELMO, un hombre viejo totalmente vestido de negro, con una vela en la mano. Es el mayordomo, serio y con unas ojeras que le ocupan la mitad de la cara).* ¡Aaaah!

ANSELMO.- *(Siempre con un tono monocorde y tétrico).* El señor debe ser el sobrino de doña Consolancia.

ANTONIO.- *(Se le sale el corazón el corazón por la boca. LAURA abrazada a él también asustada).* De... ¿De dónde sale usted?

ANSELMO.- Disculpe el señor si lo he sobresaltado.

LAURA.- ¿Qué dice que te ha hecho?

ANTONIO.- No sé, debe de querer subirse encima de mi. No sé que dice de saltarme...

ANSELMO.- Mi nombre es Anselmo. Soy el mayordomo de doña Consolancia.

LAURA.- ¡Toma! ¿Tu tía tenía mayordomo?

ANSELMO.- Llevo más de cuarenta años al servicio de la señora, siguiendo los pasos de mi padre, antiguo mayordomo de la casa.

LAURA.- ¡Arrea! Cuarenta años este, y dice que antes estuvo su padre. ¿Cuántos años tenía tu tía, Antonio?

ANTONIO.- *(Se va reponiendo poco a poco).* No... no sabía que quedase nadie en la casa. Pensé que se había marchado todo el mundo.

ANSELMO.- Su tía de usted dejó instrucciones muy precisas en su lecho de muerte, y uno de sus deseos fue que conservásemos la casa en buen estado hasta la llegada de sus herederos. Por eso sigue el servicio en la casa.

LAURA.- Oye, Antonio, ¿por qué habla así este hombre? Está poniéndome nerviosa.

ANTONIO.- Esto... ¿Hay más gente en la casa?

ANSELMO.- Sí, señor, el ama de llaves.

LAURA.- ¡Dice que el ama de llaves! ¿Tantas cerraduras hay en esta casa?

ANTONIO.- Oiga... ¿No hay forma de encender una luz? Aquí a oscuras...

ANSELMO.- Enseguida enciendo unas velas, señor. *(Enciende un candelabro con la vela que trae, que dejará siempre allí al lado para volver a encenderlo en su*

momento. Se ilumina la escena).

LAURA.- Esto ya está un poco mejor. (*Mira alrededor*). Oiga, ¿no dice que estaban conservando la casa?

ANSELMO.- ¿La señora encuentra algo que no esté a su gusto?

LAURA.- Si lo que se trataba era de conservar la casa... Hombre, aquí hay polvo para llenar seis canastos, y que yo sepa, el polvo no conserva los muebles.

ANTONIO.- Déjalo, Laura. O... Oiga, estamos un poco empapados. ¿No tendrá un trapo para secarnos un poco? Vamos a coger un catarro de no te menees.

ANSELMO.- Ahora mismo aviso a Dorotea para que les traiga unas toallas. Si no mandan más los señores...

ANTONIO.- No, ni los señores ni nosotros mandamos más. Las toallas, gracias.

ANSELMO.- Señor. (*Se va lentamente*).

LAURA.- Ay, Antonio, ¿dónde nos hemos metido?

ANTONIO.- ¿Qué pasa, Laura?

LAURA.- ¿Qué pasa? ¿Tu has visto a ese hombre? Si parece un enterrador. ¿Qué digo enterrador? Este es el que entierra a los enterradores.

ANTONIO.- Es el mayordomo. Tiene que ser educado.

LAURA.- ¿Educado? Si hay veces que ni lo entiendo. ¿Y has visto qué cara tiene? Las ojeras le llegan hasta la barbilla. Y esa cara tan seria...

ANTONIO.- Igual estaba ya acostado, y le fastidiaría levantarse. Anda, anda. Lo que pasa es que tu eres muy miedosa. Ya verás como mañana por la mañana se ve todo de otra manera.

LAURA.- ¿Mañana? ¿Tienes pensado quedarte aquí?

ANTONIO.- Tu dirás. ¿A dónde quieres ir? ¿Al hotel Reconquista? (*N.A. El hotel más caro y famoso de Asturias*)

LAURA.- De quedarse aquí, nada. En esta casa no soy a pegar un ojo.

ANTONIO.- Haz el favor, ¿eh? Ahora no podemos ir a ningún sitio. Lluve a mares, el camino esta desplomado, es de noche... Hasta mañana ya no hay nada que hacer, así que vamos a ver si cenamos algo, y nos dan una cama para dormir, y mañana, después de leer el testamento de mi tía, bajamos al pueblo, ponemos la casa en venta, y volvemos a Carbayín.

LAURA.- Si tiene que ser así...

ANTONIO.- Venga, no seas melindrosa. El mayordomo es un poco raro, pero no serán todos así... (*Entra en ese momento por la puerta DOROTEA, el ama de llaves, vieja, con el pelo blanco, de negro también, con dos toallas en la mano, y muy seria*). Mira, esta debe de ser la de las llaves. ¿Le ves algo raro?

LAURA.- Hombre, si se ha muerto su marido esta semana, no. ¿Será la moda aquí el ir de luto?

DOROTEA.- (*También usa un tono muy sombrío*). Las toallas. (*Se las da*).

ANTONIO.- (*Mientras se secan*). Gracias, señora. La verdad es que traíamos una mojadura...

DOROTEA.- Mi nombre es Dorotea. Llevo al cuidado de esta casa más de cuarenta años.

LAURA.- Pues si siempre la ha cuidado así, poco ha trabajado.

DOROTEA.- ¿Señora?

LAURA.- No, digo que se nota su mano en la decoración.

DOROTEA.- ¿Los señores van a pasar aquí la noche?

ANTONIO.- Los señores no sé, pero nosotros teníamos esa idea, sí. Bueno, si hay cama.

DOROTEA.- Sus habitaciones están preparadas. ¿Van a esperar al otro heredero de doña Consolancia, (*Se santigua*) que en gloria esté?

ANTONIO.- (*Santiguándose. LAURA también*) ¿Qué otro heredero? Yo soy hijo único.

DOROTEA.- Es un pariente lejano de la señora, hijo de una prima carnal de doña Consolancia (*Se santigua, y a continuación ANTONIO y LAURA*), a quien tenía mucho aprecio, y no quiso que su hijo quedase sin una parte de la herencia. ¿Desean tomar algo mientras lo aguardan?

ANTONIO.- Hombre, una copita de coñac no vendría mal, para combatir el frío.

DOROTEA.- No hay alcohol en la casa. Doña Consolancia, (*Todos se santiguan*) no quería que se bebiese licor en esta casa.

ANTONIO.- Vaya por Dios. Entonces, algo caliente.

DOROTEA.- Lo lamento, pero doña Consolancia, (*Se santiguan*) que en gloria esté, no podía tomar café, porque la alteraba, ni chocolate, porque no podía tomar azúcar.

LAURA.- Seguro que entonces murió de hambre, porque no podía toma nada...

ANTONIO.- ¿Y qué se puede tomar?

DOROTEA.- Agua.

ANTONIO.- Mire, casi no tomamos nada ahora, que de agua venimos servidos. Mejor vamos a dejar la maleta a la habitación, a ver si llega ese otro heredero mientras tanto.

DOROTEA.- Llamaré al mayordomo para que los acompañe a sus aposentos. *(Sale)*

LAURA.- Así que esta no tenía nada raro, ¿eh?

ANTONIO.- ¿Qué quieres? Aquí tan apartados del mundo, se deben de coger manías. Oye, ¿quién será ese otro heredero?

LAURA.- No sé, pero vamos a tener que repartir la herencia con otro. Mira que acordarse de un hijo de una prima...

ANTONIO.- Bueno, cielo, la casa tiene que valer mucho dinero. Habrá para todos. Y digo yo que también habrá efectivo.

LAURA.- Pero habría más si fuera para nosotros solos.

ANTONIO.- Tu calla. Ya veremos el testamento. A lo mejor nos deja en mejor lugar que a él, que al fin y al cabo somos familia más directa.

ANSELMO.- *(Entra por la puerta)* Señores.

ANTONIO.- *(Que se asusta, como LAURA).* ¡Arrea! Este hombre es igual que un fantasma. no se lo oye llegar.

ANSELMO.- Sus aposentos están preparados.

LAURA.- Oiga, que nosotros queremos dormir los dos en el mismo lugar, ¿eh?

ANSELMO.- Naturalmente, señora.

LAURA.- Como dice que a los aposentos...

ANSELMO.- Ahora mismo les conduzco a ellos.

LAURA.- ¿Hay que tomar un coche para llegar? ¿Cuánto mide esta casa?

ANTONIO.- No delires, Laura.

LAURA.- ¿No lo oyes que va a conducir?

ANSELMO.- Permítanme la maleta. Por aquí... *(Salen tras del mayordomo, aunque a distancia. Tras una mínima pausa entra ÁNGELA, cerrando un paraguas. Joven, como su marido, JOAQUÍN. JOAQUÍN es el sobrino que faltaba, y ÁNGELA su esposa, con andares altivos. Mucho más elegantes vestidos que*

los demás)

ÁNGELA.- (*Hacia la calle*) Venga, Joaquín, apura, que te estás empapando entero.

JOAQUÍN.- (*Entra cargado de maletas y con otra mojadura. Posa las maletas*) ¡La madre que lo parió! ¡Vaya camino! Oye, y gracias por taparme, ¿eh?

ÁNGELA.- Si eran cuatro gotas de nada, pasmado. Que poca sangre tienes.

JOAQUÍN.- Tengo las manos deshechas. ¿Tu qué traes en estas maletas? Si solo vamos a estar aquí esta noche.

ÁNGELA.- Cuatro trapos. Hay que estar prevenida. Mira lo que llueve, siempre puede hacer falta cambiarse de ropa. Y luego hay que traer de entretiempos, por si acaso...

JOAQUÍN.- Es que parece que suena a metal.

ÁNGELA.- Ah, será la plancha que he metido por si se arrugaba algo, que choca contra la palangana.

JOAQUÍN.- ¿La plancha? ¿Y una palangana? ¿No se te ha ocurrido también traer la cafetera?

ÁNGELA.- Esa está en la otra maleta.

JOAQUÍN.- La madre que... Bueno, bueno. Al fin y al cabo, al final ha servido para algo. Voy a cambiarme entonces, que estoy empapado.

ÁNGELA.- ¿Cambiar te? Para ti no he traído nada. Esa es mi ropa.

JOAQUÍN.- Pero... ¿Todo esto y no me has traído nada de ropa?

ÁNGELA.- ¿Qué me contestaste cuando te pregunté? “Si vamos solo para un día”. Pues no te he traído nada.

JOAQUÍN.- Serás... (*Contempla la estancia*) Vaya abandonado que está esto, ¿no?

ÁNGELA.- Un poco de polvo si que hay, sí. Bueno, es igual, no vamos a vivir aquí, en cuanto cobremos la herencia, nos largamos, y si se puede, vendemos la casa, y ya está. ¡Vaya! Mira como he puesto los zapatos. Busca a ver si hay algún trapo por ahí.

JOAQUÍN.- (*Revuelve un poco por los cajones*) Estos cajones están todos revueltos. Nada, no encuentro trapos.

ÁNGELA.- Vaya por Dios. Déjame tu pañuelo, anda.

JOAQUÍN.- ¿Te cae el moco? (*Se lo da*)

ÁNGELA.- *(Limpia los zapatos con el pañuelo ante la sorpresa de JOAQUÍN. Acaba y se lo devuelve)* Toma. Mejor así.

JOAQUÍN.- Que cruz, Dios, que cruz.

ÁNGELA.- Bueno, ¿aquí no habrá nadie? Vete a buscar por ahí a ver si hay alguien.

JOAQUÍN.- Oye, ¿tengo cara de ser tu criado?

ÁNGELA.- No, tienes cara de payaso, así que vale igual. Vamos, a ver si ves a alguien.

JOAQUÍN.- *(Sale rezongando)* Un día de estos...

ÁNGELA.- *(Que husmea por la escena)* Que mal cuidado está esto. Pero la casa es grande, así que sacaremos algo por ella. Y luego está el dinero. Vaya noche...
(Se asoma al ventanal, detrás de las cortinas)

LAURA.- *(Entra con ANTONIO)* He dicho que yo no duermo en esa habitación y se acabó.

ANTONIO.- No seas así, mujer. ¿Qué tiene la habitación?

LAURA.- ¿Qué tiene? En las telarañas del techo he visto arañas gordas como centollos. En una esquina había un ratón asomado en un agujero, y te juro que cuando nos miraba, se relamía. ¡Yo no duermo ahí!

ANTONIO.- La casa está vieja, mujer...

LAURA.- ¿Vieja? A los muebles de esta casa les sobra un siglo para estar viejos. Seguro que si les quitas la cuarta de polvo que tienen encima, se deshacen. No hay luz eléctrica. ¿Y el baño que hay en la habitación? ¡He abierto un grifo y el agua ha salido negra!

ANTONIO.- Con lo que llueve, se habrá roto la distribución.

LAURA.- ¿La distribución? El agua no salía del grifo, salía del desagüe. Y antes de salir hizo así como un ronquido: ¡Uaaaahhh!

ANTONIO.- Vamos, cariño, es una noche.

LAURA.- Que no, Antonio, que esta casa me da muy mala espina. ¿Has visto a los criados? Si me tengo que levantar por la noche y tropiezo con uno de ellos, me da un soponcio.

ANTONIO.- Serás exagerada.

LAURA.- Ya solo falta que aparezca un fantasma y la casa estará completa.

ÁNGELA.- *(Vuelve del ventanal cuando suena un trueno)* ¡Buenas noches!

LAURA.- (*Salta al regazo de ANTONIO*) ¡Ah! ¿No te decía yo?

ÁNGELA.- El servicio, ya era hora. Si son tan amables de subir las maletas a nuestra alcoba...

ANTONIO.- Oiga, que nosotros...

ÁNGELA.- ¿No han visto a mi marido? Ha ido a buscarlos. Ah, al deshacer las maletas tengan cuidado con la ropa blanca, ¿eh? Y el vestido marrón se arruga mucho, así que hay que colgarlo en una percha, muy cuidadosamente. Es que es de buena marca, y no quisiera que se estropease, porque solo me lo he puesto una vez.

ANTONIO.- (*Posa a LAURA*) Vas a tener razón, ha aparecido un fantasma. (*A ÁNGELA*)
Disculpe, pero nosotros no somos los criados, ¿eh?

ÁNGELA.- Ah, ¿no? Y entonces, ¿qué hacen en esta casa?

ANTONIO.- Venimos por lo de la herencia...

ÁNGELA.- Ah, ya. La de la pariente de mi esposo. Bien, pues a ver si despachamos con el testamento. ¿Dónde hay que firmar?

JOAQUÍN.- (*Vuelve por las escaleras*) ¡No encuentro a nadie por la casa! Vaya, ¿y esta gente?

ÁNGELA.- Deben de ser los abogados para el tema de la herencia. Si nos dicen dónde hay que firmar...

ANTONIO.- Oiga, que no somos abogados, que estamos aquí para cobrar.

ÁNGELA.- ¿Para cobrar? ¿Los derechos reales?

ANTONIO.- No. Soy sobrino de la señora, y usted debe de ser el otro heredero que tenía que venir.

ÁNGELA.- ¿Sobrino? ¿Y entonces, quién atiende esta casa?

LAURA.- ¿Atenderla? A mi me parece que está bien claro que atender no la atiende nadie.

ANTONIO.- Andan por ahí el mayordomo y el ama de llaves. Si quiere que aparezcan, lo mejor es no contar por ellos, y seguro que los tropiezan detrás de una esquina. Espero que no sufran del corazón.

ÁNGELA.- Pues a ver si no tardan, que tienen que llevarme las maletas a mi alcoba.

LAURA.- Yo casi le aconsejaría que las dejara aquí. Si se las pillan las polillas...

DOROTEA.- (*Viene de la casa*) ¡Ah! Veo que ha llegado todo el mundo.

LAURA.- ¡Viva! ¡Ha llegado la alegría de la casa!

ÁNGELA.- Usted será el ama de llaves, ¿no? Si es tan amable de llevarme las maletas...

DOROTEA.- Ahora mismo vendrá el mayordomo. Si son tan gentiles, tomen asiento, debo de ponerlos al corriente.

LAURA.- Antonio, haz algo, que dice que nos va a dar la corriente.

ANTONIO.- Pero, ¿qué corriente, si aquí alumbran con velas?

DOROTEA.- Por favor. (*Se sientan todos menos DOROTEA, que habla lento y muy seria*) Doña Consolancia (*Se santigua, con ANTONIO y LAURA detrás*) fue muy estricta con las instrucciones a seguir, así que no nos andaremos con rodeos.

JOAQUÍN.- Está el tiempo como para ponerse a andar por ahí. Estoy empapado.

ANTONIO.- También nos hemos calado nosotros. Vaya noche, ¿eh?

JOAQUÍN.- Pero mi esposa no se ha mojado ni un pelo, porque se apropió del paraguas...

ÁNGELA.- ¡Calla, desgraciado! ¿Por qué les andas contando a la gente de nuestras intimidades? (*Empieza una pequeña discusión entre ambas parejas, hablando todos a un tiempo de la tormenta*)

DOROTEA.- Señores... (*Siguen*) Señores... (*No hacen caso*) ¡¡¡Señores!!! (*Callan en seco*)

JOAQUÍN.- Tampoco hacía falta gritar.

DOROTEA.- En fin, si a los señores no les importa, tal vez pueda seguir con la exposición.

JOAQUÍN.- Faltaba más.

ANTONIO.- Y si quiere seguir hablando, también la dejamos.

DOROTEA.- Seré breve. Doña Consolancia (*Se santigua, y esta vez todos detrás*) dejó mandado que mañana por la mañana se leyera el testamento en presencia de todos los herederos. El notario está avisado para las ocho de la mañana.

ANTONIO.- Oiga, ¿y no podría haber quedado más tarde? Menudo madrugón.

DOROTEA.- En esta casa siempre se ha madrugado. A las seis de la mañana se sirve el desayuno.

JOAQUÍN.- ¡Arrea, a las seis! A esas horas no están todavía ni las calles puestas.

ANSELMO.- (*Entra de las escaleras*) Señora.

JOAQUÍN.- ¡Toma!

LAURA.- (*Abraza a ANTONIO*) ¿A ti no te parece que tiene más ojeras que antes?

DOROTEA.- Lleva el equipaje de los señores a la habitación rosa.

LAURA.- ¿La rosa? Pero, ¿cómo las distinguen, si están todas grises del polvo? Oiga, disculpe, nuestra habitación, ¿cuál es, por curiosidad?

DOROTEA.- La verde.

ANTONIO.- Mira, ahí casi acertó, porque moho tiene bastante por las paredes.

DOROTEA.- (*Mientras ANSELMO se va con las maletas*) También quisiera advertirlos de otra cosa. Es... un tema delicado. Sobre esta casa pesa una maldición.

LAURA.- Claro, tanto tiempo sin limpiar, se cría de todo.

DOROTEA.- No es cosa de broma. Cuando vivía el señor, un día se empeñó en poner un gallinero, porque al señor le encantaba desayunar un huevo pasado por agua todos los días, y decía que como los de las gallinas que se criaban en casa, no había otros.

JOAQUÍN.- Hombre sabio, sí señor.

DOROTEA.- Compró seis gallinas, cinco blancas y una parda. El señor iba en persona todos los días a cebarlas y a recoger los huevos que hubiesen puesto, pero, poco a poco, fue empezando a tener una obsesión por la gallina parda. Empezó a acariciarla, a hablar con ella, a atenderla más que a las otras. Le decía palabras cariñosas, y la alimentaba con maíz de lo bueno. De hecho, las otras gallinas fueron muriendo una a una por falta de cuidados, sin que al señor le importase. Solo tenía ojos para aquella gallina parda.

LAURA.- (*A ANTONIO, por lo bajo*) Oye, ¿a ti esto no te suena a guasa?

DOROTEA.- Acabó trayendo la gallina con él a la casa, y dejó de dormir con la señora, para dormir con la gallina. Hasta mandó cambiar el cuadro que tenía de la señora, por el de la gallina. (*Miran todos para el cuadro*)

JOAQUÍN.- Oiga, usted no nos estará tomando el pelo, ¿verdad?

DOROTEA.- Lo que pasó después no es para estómagos delicados. La señora no veía con buenos ojos lo que estaba pasando, y cuando el señor dejó de dormir con ella para ir con la gallina, tomó una determinación. El único día que el señor bajaba al pueblo, que era cuando pagaba la contribución, la señora cogió la gallina

parda, y le retorció el cuello. Luego la guisó, y cuando el señor vino a comer, se la puso en la mesa.

LAURA.- ¿En serio?

DOROTEA.- No, señora, en pepitoria. El señor comió hasta hartarse sin parar de ensalzar a la cocinera, y cuando ya no había dejado más que los huesos, la señora, riéndose en la cara del señor, le espetó que lo que hubiese comido era su querida gallina parda.

JOAQUÍN.- En pepitoria...

DOROTEA.- En pepitoria. Aquello volvió loco al señor, que ya nunca más habló con nadie de la casa. Andaba de un lado para otro, musitando, y se quedaba horas enteras delante de ese cuadro, suspirando. Poco a poco fue consumiéndose, hasta que cayó enfermo. A las puertas de la muerte, con la señora a la cabecera de la cama, antes del último suspiro, le escupió a la señora estas palabras: “Te maldigo, y maldigo a toda tu estirpe. Así os muráis todos igual que murió mi gallina parda”.

LAURA.- ¿En pepitoria?

DOROTEA.- Luego falleció. La señora sufrió mucho, pues siempre fue de carácter impresionable, así que poco después fue cuando comenzó a enfermar, hasta que murió. Ahora, los únicos que quedan de la familia de la señora son ustedes. He pensado que era mejor que lo supieran todo.

JOAQUÍN.- Hombre, yo no quisiera poner en duda todo lo que ha contado, pero...

DOROTEA.- Pueden creer lo que quieran, lo cuento tal y como pasó. La enfermedad de la señora fue un misterio, no tardó ni un mes en acabar con ella. Y eso fue todo después de la maldición.

LAURA.- Y la maldición, ¿era solo para la familia, o también para la familia política?

DOROTEA.- (*Cambia el tono*) Bien, como hasta mañana no podemos hacer nada relacionado con el testamento, lo mejor será que vayan a sus aposentos a descansar.

ANTONIO.- ¿Sin cenar ni nada?

DOROTEA.- La cena se sirve a las siete. En eso también somos muy estrictos. Señores.

ANTONIO.- De eso nada. Sin comer un bocado no se puede dormir. Algo se podrá

preparar.

DOROTEA.- (*Con cara de pocos amigos*) Voy a ver que hay en la cocina. Tomen asiento mientras. (*Se va*)

LAURA.- ¿Tomar asiento? Mejor sería tomar aunque fuese unas sopas de ajo.

ANTONIO.- Todo eso de la gallina parda....

JOAQUÍN.- A estas alturas, ¿vamos a creer en esas tonterías? Esta gente lleva mucho tiempo aquí apartada, se les va la cabeza. Ni caso.

LAURA.- La verdad es que la historia...

ÁNGELA.- ¿No irán a creer toda esa mentira? Enamorarse de una gallina...

LAURA.- Oiga, que San Antonio se enamoró de un cerdo.

ANTONIO.- En fin, a ver si nos traen algo para cenar. Bueno, creo que podríamos presentarnos, ¿no? Yo soy Antonio, y esta es mi esposa, Laura.

ÁNGELA.- Je, el burro delante.

JOAQUÍN.- Déjalos, Ángela, que son de pueblo. Yo soy Joaquín y Ángela, mi esposa.

ÁNGELA.- “Enchanté”.

ANTONIO.- ¡Ahí va! Vaya apellido más raro. Ángela “Axanté”.

LAURA.- Será de fuera, tonto, de Santander, o por ahí lejos.

ÁNGELA.- Cuanta ordinariéz. “Enchaté” quiere decir...

JOAQUÍN.- No insistas, Ángela. Estas cosas fuera de la capital...

ANTONIO.- ¿Son de la capital?

JOAQUÍN.- Del mismo centro de de Oviedo. Desde mi casa puedo tocar las ramas del "carbayu" de la calle Uría. (*N.A. Carbayu es roble en asturiano, y hay uno muy famoso en el centro de Oviedo, que da nombre a los habitantes de Oviedo*)

LAURA.- ¡Hala! ¿En Oviedo les ponen calles a los robles?

JOAQUÍN.- Carbayos los llamamos allí. Por eso nos llaman carbayones. ¿Y ustedes?

ANTONIO.- No, nosotros nos llamamos Antonio, y Laura, ya se lo he dicho.

JOAQUÍN.- Les pregunto de dónde son.

ANTONIO.- Ah, pues de Carbayín.

JOAQUÍN.- ¡Qué casualidad! ¿También son carbayones?

ANTONIO.- No, yo soy minero y mi esposa se dedica a sus labores. Como no hemos

estudiado ninguno de los dos...

LAURA.- Y desde mi casa puedo tocar unas zarzas que hay en la parte de atrás.

ANTONIO.- ¿Qué dices?

LAURA.- ¡Qué se yo! Como no se qué decía de tocar un "carbayu"... Era para situarlo.

DOROTEA.- *(Entra por la puerta con una hogaza de pan y un queso en una bandeja)*

Aquí tienen la cena. *(Lo deja y se va)* Que aproveche.

ÁNGELA.- ¿Esto es lo que vamos a cenar?

LAURA.- No se queje. Si llega a traer una gallina yo ni me arrimo a la mesa.

JOAQUÍN.- Es lo que hay, Laura. A lo mejor el queso es de cabrales.

ANTONIO.- *(Intenta arrancar un trozo de pan, pero no puede)* ¡Demonios! *(Pega con el pan en la mesa. Está duro de hace muchos días)* Si por lo menos hubiera traído nueces o avellanas, las habríamos podido partir con el pan.

LAURA.- *(Levanta la tapa del queso. Como un rayo escapan todos de la mesa.)* ¡Virgen santa!

JOAQUÍN.- Dios, esto debe ser lo que usan los grises para disolver manifestaciones.

ANTONIO.- Laura, tápalo, que no me extrañaría que ese queso echase a correr de un momento a otro. *(LAURA lo hace)*

ÁNGELA.- ¿No decías que era cabrales?

JOAQUÍN.- ¿Cabrales? A este queso no se arriman ni los gusanos del cabrales, para no intoxicarse.

ÁNGELA.- A mi que me da que al final nos vamos a quedar sin cenar.

JOAQUÍN.- Pues si que... En fin, nos iremos entonces para la cama.

LAURA.- ¿Para la cama? ¡De eso nada! Yo no me meto en esa habitación. Los agujeros de la carcoma de la cama son del grosor de una moneda. Ahí en vez de carcomas debe de haber víboras.

ANTONIO.- Anda, Laura, vamos para allá. Que son solo unas horas, porque si mañana a las seis hay que desayunar...

LAURA.- Vale, pero yo sin algo para defenderme no voy para la cama.

ANTONIO.- Esta bien, cielo. Ya buscamos algo por ahí. Hasta mañana. *(Sale con LAURA)*

JOAQUÍN.- ¿Y nosotros no nos vamos a la cama?

ÁNGELA.- ¿Tu estás loco? (*Saca un papel del bolso*) ¿No te acuerdas de lo que pone el testamento? Hay que ponerse a la tarea ahora mismo.

JOAQUÍN.- Ángela, primero dormimos un poco, y luego ya nos ponemos.

ÁNGELA.- ¡Joaquín! Mañana a las ocho viene el notario. Hay que ponerse ya.

JOAQUÍN.- Estoy machacado de venir cargando con las maletas, Ángela. Tengo que descansar. Y encima, con el estómago vacío...

ÁNGELA.- (*Posa el papel en la mesa, y va frente a JOAQUÍN enfadada*) Mira, Joaquín, cállate ya, ¿eh? Hay que ponerse ahora mismo, porque si no nos quedamos sin el dinero. ¿Me estás oyendo?

ANTONIO.- (*Entra en ese momento con LAURA*) Que te he dicho que aquí no hay nada para defenderte. Pero si son arañas, cariño, ¿qué quieres? ¿Matarlas a estacazos? Puedes llevar el queso y tirarles pedacitos, que seguro que las envenena. O si no, mira. (*Coge el papel y hace un rollo con él*) Con esto es suficiente. Les das así y...

ÁNGELA.- (*Asustada*) Oiga, deje ese papel.

ANTONIO.- ¿Por qué?

ÁNGELA.- Es mío.

ANTONIO.- (*Lo desenrolla*) Perdona, como estaba ahí tirado... (*Le echa un vistazo*) Pero... “Testamento de doña Consolancia...” ¿Como es que tiene el testamento de la tía s iba a leerse mañana?

ÁNGELA.- Si no le importa devolvérmelo.

ANTONIO.- Vaya si me importa. Esto es muy raro. Cuando me llamó el notario, me dijo que el testamento estaba cerrado y hasta mañana no se leía. ¿Cómo es que lo tiene usted?

ÁNGELA.- Eso no es cosa suya. ¡Démelo!

ANTONIO.- (*Lo lee*) Pero, pero... ¿Habéis visto lo que pone este testamento?

LAURA.- ¿Qué pone?

ANTONIO.- Dice que deja la casa al otro sobrino y a mi, a partes iguales. Pero el dinero dice que se lo deja al convento de las hermanas de la caridad.

LAURA.- ¿Qué?

ANTONIO.- Aquí está escrito. Dice que el dinero y las joyas que tiene guardadas en la

casa son para las monjas. Pues vaya herencia de m...

LAURA.- ¿Y hay que dormir en esa habitación para que no nos den nada? ¡Rotundamente no!

JOAQUÍN.- En fin, una y buena que se han enterado, deberíamos hablar del asunto.

ÁNGELA.- ¡Calla, Joaquín!

JOAQUÍN.- ¿Por qué me voy a callar? Mirad, nosotros teníamos la idea de buscar ese dinero hoy por la noche. Al fin y al cabo lo que dice el testamento es que para las monjas va lo que haya en la casa... mañana por la mañana. Si antes nosotros cogemos un poco...

LAURA.- Si, hombre, ustedes a coger el dinero y mientras nosotros a quedar sin herencia.

ANTONIO.- Laura, cielo, que lo que están diciendo es que lo busquemos entre todos. Oíd, ¿y a qué estabais esperando para decirlo? ¡Un momento! ¡Queríais quedaros con todo!

ÁNGELA.- Mira que te estaba diciendo que nos tendríamos que haber puesto a ello. ¡Qué imbécil eres! Ahora tenemos que repartir.

JOAQUÍN.- Eso ya no tiene importancia. Hay que organizarse para buscar el lugar donde guarda el dinero. Ya lo habéis oído, hay que encontrarlo antes de que venga el notario.

LAURA.- ¡Alto! ¿Estamos hablando de andar por esta casa, a oscuras, con la que está cayendo, y con ese par de momias que te pueden salir detrás de cada puerta? Conmigo no contéis. Y con Antonio tampoco, que tiene que quedarse conmigo.

ÁNGELA.- Muy bien. Pues el que encuentre el dinero, para él. ¿Vale?

ANTONIO.- ¿Eh? No, no, de eso nada. La mitad para cada uno.

ÁNGELA.- No lo vamos a buscar nosotros, para luego repartir. Si no buscáis, no hay herencia.

LAURA.- Si es por las arañas, mujer. Es que tu no las has visto. Miden casi un palmo. ¡Si en las telarañas en vez de moscas había gorriones!

ANTONIO.- Laura, esta señora tiene razón. Tu y yo buscamos juntos, ¿de acuerdo?

LAURA.- Antonio... ¿Y la maldición?

ANTONIO.- ¿No te atreves con una gallina? (*A los demás*) ¿Qué os parece si comenzamos por las habitaciones? Nosotros vamos a buscar en la nuestra, y vosotros en la

vuestra, y luego volvemos a vernos aquí, a ver si ha aparecido algo o no.

ÁNGELA.- Está bien, pero yo no tengo miedo como esa tonta. Y menos a una gallina parda.

LAURA.- Cuando vea a las arañas ya me dirá, ya.

ÁNGELA.- Anda, Joaquín, ve tu a la alcoba, y yo voy echar un vistazo por aquí.

JOAQUÍN.- ¿Y porqué no subes tu a la habitación y...?

ÁNGELA.- ¡Joaquín! Sube arriba, y a callar, ¿eh?

JOAQUÍN.- (*Enfadado*) Oye, ya está bien de mandar, y dar órdenes. Estoy harto. Joaquín esto, Joaquín lo otro. Coge las maletas, posa las maletas. Haz las camas, pasa el polvo... Se ha terminado. ¿Sabes lo que voy a hacer ahora mismo? ¿Lo sabes?

ÁNGELA.- (*Amenazante*) No, ven y dímelo.

JOAQUÍN.- (*Acobardado*) Pues subir a la habitación a buscar. Pero voy porque quiero, ¿eh?

ÁNGELA.- El día que me casé contigo mejor estaba tirándome al tren. ¡Calzonazos! ¡Arrea antes de que te estampe un zapato en el morro!

JOAQUÍN.- (*Sale refunfuñando*) Señor, señor... que cruz. Algún día... Algún día...

ANTONIO.- Esto... Nosotros nos vamos entonces a nuestra habitación, si no tiene ningún inconveniente, ¿eh?

LAURA.- (*Mientras sale a ANTONIO*) ¿Cómo les va a tener miedo a las arañas? Esta hace temblar hasta a un lobo. Arrea antes de que se le escape ese zapato. (*Salen escaleras arriba*)

ÁNGELA.- (*En vez de buscar, se sienta en una silla*) Bueno, viendo como se ha puesto el tema, yo a lo mío. (*Arregla un poco el pelo, se acicala un poco. Se arrima al ventanal*) Vaya noche más perra. (*Lo abre un poco, y se oye una gallina cacareando*) Vaya, también es casualidad, hablando de gallinas. (*De pronto, tras de un trueno se apaga el candelabro por el aire. La gallina sigue oyéndose*) Vaya por Dios. ¡Oigan! ¡Eh! Que me he quedado a oscuras. (*De pronto, se oye un disparo y LAURA cae al suelo. Bajan todos los demás por las escaleras y entran a escena con un poco de lío, hasta que DOROTEA habla*)

DOROTEA.- ¡Cálmense! Anselmo, enciende las velas por favor. (*ANSELMO lo hace y*

vuelve la luz. LAURA grita al ver a ÁNGELA en el suelo)

JOAQUÍN.- ¡Ángela! ¡Ángela! *(Se agacha y la mira)* Pero... ¡No respira! ¡Está muerta!
(Hay una pausa incómoda en la que todos se miran unos a otros, sospechando entre sí)

ANTONIO.- ¿Estás seguro? Es que estas cosas...

JOAQUÍN.- ¿No lo voy a estar? Tiene un tiro en medio del pecho, mira como sangra. ¡Y no respira! No tengo el título de medicina, pero en mi opinión está muerta.

LAURA.- Igual la ha picado algo. Viendo las arañas que había en las habitaciones...

JOAQUÍN.- Hay que ir a buscar a la guardia civil. *(Estas palabras no causan buen efecto en ninguno de los presentes, que quedan un momento parados)*

DOROTEA.- *(Sin su habitual compostura)* Me... Me temo que eso no va a ser posible... al menos esta noche. No disponemos de carro para bajar al pueblo, y la tormenta está arreciando.

LAURA.- Dice que arrecia... ¡Pero si cada vez llueve más!

JOAQUÍN.- No podemos quedarnos de brazos cruzados. Alguien acaba de matar a mi esposa. ¡En esta sala hay un asesino! *(Otra pausa llena de miradas)*

DOROTEA.- Será mejor que nos calmemos todos. Esto seguro que ha sido un desagradable accidente.

JOAQUÍN.- ¿Un accidente? Un accidente es caer por las escaleras, pero que te peguen un tiro no es un accidente, vamos, digo yo.

ANTONIO.- Ahí tienes razón, a mi no me parece un accidente tampoco.

DOROTEA.- No obstante, tiene que serlo, no hay ningún arma en la casa. El disparo ha tenido que venir de afuera. Un cazador despistado, probablemente.

JOAQUÍN.- Si, claro, un cazador. Está la noche estupenda para andar cazando gamusinos. ¿Usted piensa que alguien iba a andar por ahí de caza con la que está cayendo? Además, ¿para cazar qué? Si esto está más desolado que el cementerio en la noche de difuntos.

ANTONIO.- Bueno, hombre, no hay que desechar ninguna teoría. Puede ser que haya un cazador por ahí afuera y...

JOAQUÍN.- ¿Crees que me caído de un guindo? Aquí hay un asesino, y por mi padre que voy a dar con él.

LAURA.- A lo mejor es cosa de la maldición. (*Miran todos unos instantes para el cuadro de la gallina*)

ANTONIO.- Puede ser. A mi me ha parecido oír una gallina cacarear hace un momento.

JOAQUÍN.- No, a mi no me la da. Ninguna gallina puede hacer esto.

ANTONIO.- ¿Y eso por qué?

JOAQUÍN.- Para empezar, porque no tiene dedos para apretar el gatillo. Y para seguir, porque no creo que haya una gallina por esta casa matando gente, ni parda ni azul turquesa.

DOROTEA.- Cállese, señor...

JOAQUÍN.- No me calmo, no, que ya me está calentando usted. A ver, ¿dónde estabais hace un minuto?

ANTONIO.- Oye, oye, para el carro, ¿eh? Que nadie te ha dado el uniforme de la guardia civil.

JOAQUÍN.- No lo necesito, que a mi el verde no me sienta bien, me hace gordo. A ver, ¿dónde estabas tu?

ANTONIO.- ¿Yo? No pensarás...

JOAQUÍN.- ¿Por qué no? Si matas a los otros herederos, más para ti, ¿verdad?

ANTONIO.- Matarlos, no, pero pegarle a uno de ellos una bofetada, estoy por hacerlo ahora mismo. Además, yo estaba con mi esposa.

JOAQUÍN.- Estaréis compinchados.

LAURA.- Oiga, de eso nada, casados por la iglesia, como Dios manda.

DOROTEA.- Por favor, señores.

JOAQUÍN.- O a lo mejor fue usted. (*Por DOROTEA*)

DOROTEA.- ¿Perdón?

JOAQUÍN.- Enseguida ha puesto mucho empeño en no ir a buscar a la guardia civil. ¿Y eso? ¿Hay algo que esconder?

DOROTEA.- Solo he dicho que el tiempo...

JOAQUÍN.- O ese. (*Por ANSELMO*)

ANSELMO.- ¿Yo, señor?

JOAQUÍN.- Sí, porque ya se sabe que en estos casos el culpable siempre es el mayordomo. Y además, con esa cara que tiene...

LAURA.- Bueno, ya está bien de acusar a todo el mundo. A lo mejor has sido tu.

JOAQUÍN.- ¿Yo?

LAURA.- Sí, tu. Porque viendo como te trataba tu esposa, no es de extrañar que la hayas matado aprovechando que aquí podrías acusar a otro.

JOAQUÍN.- No tengo por qué aguantar estas idioteces. Pero oídmeme, voy a tener los ojos bien abiertos. Y ahora, si no os importa, voy a llevar a mi esposa a una habitación, porque no es cosa de dejarla aquí en el suelo.

ANTONIO.- No hay que tocar nada. ¿No lo has visto en las películas?

JOAQUÍN.- Pues no, no lo he visto en las películas porque no me gusta el cine, y voy a llevarla para una habitación porque no me da la gana dejarla ahí en el suelo.
¿Algo más?

ANTONIO.- Tu mismo, hijo.

JOAQUÍN.- (A *ANSELMO*) A ver, poca pena, ayúdame a llevarla para la habitación, anda. (A *DOROTEA*) ¿El rosa le sirve, o hay algún color más adecuado para estos casos? (*Salen*)

DOROTEA.- Si me disculpan los señores... (*Retira de la mesa la bandeja*)

LAURA.- Oiga, ¿no le parece que el rosa es un poco llamativo?

ANTONIO.- Calla, Laura. La disculpamos, no se preocupe. (*Se va DOROTEA*) Vaya follón, ¿eh?

LAURA.- Antonio, ¿qué has hecho mientras yo he estado en el baño?

ANTONIO.- ¿Eh?

LAURA.- Antes no he dicho nada, pero nada más llegar a la habitación he entrado al baño, y mientras estaba peleando con un par de cucarachas con la escobilla, oí el disparo y he salido, y tu no estabas allí.

ANTONIO.- La verdad es que oí una gallina cacarear, y he salido a ver lo que era, porque esa historia del ama de llaves... Oye, Laura, no irás a pensar que yo...

LAURA.- ¿Por qué no nos vamos, Antonio? Esto a mi me huele muy mal.

ANTONIO.- Será el queso, Laura. Además, ¿con la que está cayendo? Y hay que encontrar el dinero de la tía.

LAURA.- ¿Cómo te pones a pensar en el dinero ahora?

ANTONIO.- Porque nos hace falta, Laura. Escucha, no nos vamos a separar en toda la

noche, y si dar damos con él, vamos a callarnos, ¿eh? A mi también me parece que ha sido el marido el que la ha matado. Anda, vamos a buscar por ahí a ver si damos con algo.

LAURA.- De verdad que me huele mal este tema... (*Salen hacia la casa*)

DOROTEA.- (*Se asoma con cara de haberlo escuchado todo y al no ver a nadie entra en la sala. Cierra el ventanal y rebusca por los cajones*) Mira tu por donde...

ANSELMO.- (*Entra*) Dorotea.

DOROTEA.- ¡Ah! Dios, Anselmo, no andes por ahí tan callado, que a mi no tienes que asustarme, solo a ellos. ¿Dónde habéis dejado a la muerta?

ANSELMO.- En la habitación rosa. Dorotea, no me gusta como está discurrendo esto.

DOROTEA.- Calla, y ayúdame a buscar. Ya sabes lo que hay que hacer antes de que venga el notario. Y ahora, como estarán preocupados con la muerte de esa mujer, no nos molestarán.

ANSELMO.- Espero que todo salga bien.

DOROTEA.- (*Muy en secreto*) Ya queda poco tiempo. Fueron muchas tisanas envenenadas las que tuve que hacer para acabar con la bruja esa que teníamos por ama, y ahora hay que procurar que no quede ni rastro del veneno por la casa, así que vete a mirar por el sótano, y si aparece algo, avisa.

ANSELMO.- Voy. (*Sale*)

DOROTEA.- Ya he mirado veinte veces aquí, pero vale más estar bien segura.

JOAQUÍN.- (*Entra*) Voy a ir a buscar a la guardia civil. No aguanto así

DOROTEA.- Piénselo, señor, hay más de una hora hasta el pueblo, y tal y como está la noche... Tal vez sea mejor esperar a mañana. Ya no se puede hacer nada por su esposa, que en gloria esté. (*Se santigua*)

JOAQUÍN.- Mire, deje de santiguarse tanto, que a mi no me la da usted. Si no le importa, voy a ir a ver si es verdad que no hay ningún carro para bajar al pueblo, ¿eh?

DOROTEA.- Pero, señor...

JOAQUÍN.- Ni señor, ni hostias. Voy a mirar. (*Sale a la calle*) Hale, otra mojadura. (*Se va dejando la puerta abierta*)

DOROTEA.- No parece que haya nada por aquí... (*Entra ANSELMO, sin dar nunca la espalda al público*) Pero bueno, ¿ya estás aquí? (*ANSELMO se señala la*

espalda) Ya veo de donde vienes, ya. Con el tiempo que has estado por allí, poco has debido de buscar. (*ANSELMO sigue señalando su espalda*) ¿Qué? ¿Has encontrado algo allí? ¿Dónde? Déjame ir a mirar, anda. (*Se va. Se oye de nuevo cacarear a una gallina, mientras ANSELMO se da la vuelta y se ve un cuchillo clavado en su espalda. Cae en la mesa de cara.*)

JOAQUÍN.- (*Vuelve de la calle*) Pues no había carro, no. Pero... (*Se acerca al muerto*) Dios, otro.

DOROTEA.- (*Vuelve*) No querrás creer lo que acabo de encontrar en mitad de la escalera... Ah, disculpe el señor... (*Ve a ANSELMO*) ¿Anselmo?

JOAQUÍN.- No se haga la despistada ahora, ¿eh? Primero mi esposa y ahora el criado. Tenía que imaginarlo. Tal como va vestida, usted tiene que ser la viuda negra.

DOROTEA.- Señor, no puedo estar viuda, porque nunca he estado casada.

JOAQUÍN.- Y a mi que no me extraña...

DOROTEA.- Señor, yo...

JOAQUÍN.- ¡Ni se acerque! ¡Eh! ¡Eh! ¡Bajad acá!

ANTONIO.- (*Entra con LAURA*) ¿No han oído otra vez a la gallina esa cacarear? ¿Qué pasa?

JOAQUÍN.- Esa mujer, que se acaba de cargar al criado.

DOROTEA.- Eso no es verdad. Cuando yo lo he dejado aquí estaba perfectamente.

LAURA.- Tiene un concepto de "perfectamente"...

JOAQUÍN.- No me va a negar lo que he visto. He salido a la calle, y se ha quedado sola en esta sala, vuelvo al minuto, y está este hombre trinchado encima de la mesa. No creo que haga falta llamar a Perry Meison.

DOROTEA.- ¡Un momento! Claro, por eso no hablaba cuando entró. A Anselmo ya lo habían acuchillado antes. No, el asesino tiene que ser uno de los que estaba por las habitaciones. Uno de ustedes.

ANTONIO.- Oiga, señora, que ni esta ni yo nos separamos un momento. Además, por las habitaciones también estaba ese otro, que acababa de subir a su mujer a una de ellas... ¡Eso es! ¡Tuvo que ser ese! Ha sido el único que ha estado con el mayordomo.

JOAQUÍN.- ¿Y porqué yo?

ANTONIO.- Porque mi mujer y yo no nos hemos separado un segundo. (*LAURA baja la vista*)

DOROTEA.- (*Amedrentándola*) Su esposa no parece que piense lo mismo.

ANTONIO.- ¡Mi esposa no piensa! O sea, que no le consiento...

JOAQUÍN.- ¡A callar! ¿Es verdad que no se han separado ni un momento?

LAURA.- Pues...

ANTONIO.- ¡Laura!

LAURA.- ¿Dónde has estado cuando has salido al pasillo?

ANTONIO.- ¡Laura! Si no ha sido más que un momento de nada, porque oí otra vez esa dichosa gallina, que ya me está a mi mosqueando. ¿No irás a pensar...?

LAURA.- Ya no pienso nada. Todo esto me da muy mala espina. Estamos atrapados en esta casa que parece sacada de una película de fantasmas. Hay dos muertos, y no se sabe quién los está matando. Y la gallina esa que dices que cacarea... No sé de quién fiarme.

DOROTEA.- Pues estamos como al principio. Cualquiera puede ser el asesino.

JOAQUÍN.- Lo mejor será que a partir de ahora no nos separemos, así nadie correrá peligro.

DOROTEA.- ¿Y el dinero? Si no lo encontramos hoy, lo perderemos. (*Se da cuenta de lo que ha dicho*) ¡Mierda!

ANTONIO.- Pero, ¿usted también sabía lo del dinero? Vaya, aquí todo el mundo lo sabía menos nosotros.

LAURA.- Más gente a repartir. A este paso no vamos a tocar a casi nada.

ANTONIO.- ¿Cómo que a repartir? Esta vieja no es de la familia.

DOROTEA.- Después de cuarenta años me parece que un poco de la familia ya debo de ser. Lo tengo bien ganado.

JOAQUÍN.- Es igual, ahora ya lo sabemos todos. Lo importante es que nadie quede solo. Haremos dos parejas, y no hay que separarse nunca. Así, todos estaremos seguros, y si a alguien le pasa algo, ya sabremos que el asesino es quien lo acompañaba.

ANTONIO.- Me parece bien. Yo voy con Laura.

JOAQUÍN.- (*Mira para DOROTEA*) ¡Que siempre me toca bailar con la más fea...!

ANTONIO.- Vamos a llevar a este hombre a la habitación con tu esposa, que no es cosa de dejarlo aquí encima de la mesa.

LAURA.- ¡Voy con vosotros!

JOAQUÍN.- No, nadie puede quedar solo. Quédate aquí con el ama de llaves, e id buscando. Vamos. Coge por las piernas. (*Salen cargando con ANSELMO*)

LAURA.- (*Muerta de miedo*) Mira que dejarme con esta mujer...

DOROTEA.- Tal vez podríamos...

LAURA.- (*Coge un jarrón y la amenaza*) Usted quédese donde está, ¿eh? Que no respondo de mi.

DOROTEA.- Oiga, señora, le aseguro...

LAURA.- No me asegure nada. Usted ahí, y yo aquí, que si tengo que usar el jarrón, lo uso.

DOROTEA.- Tengo algo aquí bastante mejor que un jarrón. (*Saca una pistola*)

LAURA.- (*Aterrada*) Oiga, oiga, que yo no iba a hacerle nada, ¿eh? Estaba... admirando el jarrón. (*Cae al suelo de rodillas y llora abrazada al jarrón*) ¡No me mate, por favor! ¡Que soy muy joven para morir! ¡No le pienso decir a nadie lo de la pistola, de verdad! Si yo ni siquiera quiero el dinero.

DOROTEA.- Señora, esta pistola la he encontrado tirada en medio de las escaleras.

LAURA.- Si, si, lo que usted diga. Esta boca está cerrada. ¡No me mate!

DOROTEA.- Le digo que esta pistola la he encontrado ahora mismo ahí en las escaleras, no es mía.

LAURA.- Por favor, no me mate, señora, que soy muy joven, y tengo muchas cosas todavía sin hacer, que ni he montado aún en un árbol, ni he plantado un globo...

DOROTEA.- ¿Qué dice?

LAURA.- Ya no sé ni lo que digo. Si no merece la pena gastar una bala conmigo, que soy muy poquita cosa...

JOAQUÍN.- (*Vuelve con ANTONIO*) Hemos dejado al mayordomo en la habitación. Ahora... ¡Demonios!

LAURA.- ¡Tiene una pistola! ¡Tiene una pistola! (*LAURA corre a abrazarse a ANTONIO*)

DOROTEA.- Mira la que decía que tendría la boca cerrada.

JOAQUÍN.- Oiga, vamos a calmarnos, ¿eh? Baje esa pistola poco a poco, a ver si en una de estas se le dispara, que estas las cargas el diablo.

DOROTEA.- Pero si yo no...

ANTONIO.- Déjela, hombre, si no quiere bajarla... Pero si no le importa apuntar para otro lado...

JOAQUÍN.- Vamos, Dorotea, si es por el dinero, nosotros no queremos nada, y ya nos vamos.

DOROTEA.- ¡Que esta pistola no es mía! Estaba tirada en medio de la escalera. Y además...

JOAQUÍN.- Lo que usted diga, señora. Pero esté tranquila, y baje la pistola, que a su edad, igual con el Parkinson se le escapa un dedo...

DOROTEA.- ¡Ya estoy harta! ¡Que no es mía! *(Posa la pistola encima de la mesa, y como dos resortes, ANTONIO y JOAQUÍN van a cogerla, y lo hacen uno por cada lado. Se miran)*

ANTONIO.- ¿Para qué quieres la pistola?

JOAQUÍN.- ¿Y tu?

ANTONIO.- He preguntado yo antes.

JOAQUÍN.- Y yo después. ¿Eso qué más da?

ANTONIO.- A mi me da más. ¿Para qué la quieres?

JOAQUÍN.- Bien, contesto, pero suéltala.

ANTONIO.- No, primero contesta, y luego la suelto.

JOAQUÍN.- No, no, primero suéltala, y luego contesto.

DOROTEA.- Si me disculpan...

ANTONIO.- ¡Cállese! Bien, vamos a hacer una cosa. Vamos a posarla encima de la mesa, y luego hablamos.

JOAQUÍN.- Vale. Suelta, que yo la poso.

ANTONIO.- No, no, de eso nada. La posamos los dos a la vez. *(Lo hacen, pero ninguno suelta la pistola)* Suéltala.

JOAQUÍN.- Para que tu la cojas, ¿eh? No, la soltamos a la vez. Venga, a la de tres.

ANTONIO.- Vale.

DOROTEA.- Lo que quería decirles...

JOAQUÍN.- ¡Que se calle! A ver, uno... Dos...

ANTONIO.- ¡Un momento! ¿La soltamos a la de tres, o cuentas tres y luego la soltamos?

JOAQUÍN.- Pues a la de tres, ¿cómo quieres soltarla?

ANTONIO.- No, no, las cosas claras. Es uno, dos, y a la de tres la soltamos, o es uno, dos, tres y después la soltamos.

JOAQUÍN.- Venga, uno, dos, tres, y luego la soltamos.

ANTONIO.- Vale.

JOAQUÍN.- Vamos. Uno... Dos...

ANTONIO.- ¡Alto!

JOAQUÍN.- ¿Y ahora qué?

ANTONIO.- ¿Pero la soltamos como si fuera a la de cuatro, o nada más decir tres?

DOROTEA.- El caso es que...

JOAQUÍN y ANTONIO.- *(A la vez)* ¡Cállese! *(DOROTEA pone mal gesto)*

JOAQUÍN.- Oye, Antonio, que esto no es tan difícil. A la de tres la sueltas y ya está.

ANTONIO.- Yo no lo veo claro. ¿Y luego que pasa con la pistola? ¿Vamos a dejarla ahí encima de la mesa?

JOAQUÍN.- Yo quería usarla para defenderme del asesino, por eso la quería coger.

ANTONIO.- ¿Para defenderte? ¿O lo que querías era usarla para matar a alguien de nosotros?

JOAQUÍN.- A lo mejor el que quería usarla para matar a alguien eras tu.

ANTONIO.- Pues yo no la poso.

JOAQUÍN.- Ni yo.

LAURA.- Muy bien. ¿Así que ninguno suelta la pistola? ¿Qué vais a hacer, dormir juntos?

ANTONIO.- No tengo pensado dejarle la pistola, ni a él ni a nadie. A su esposa la han matado de un disparo, y seguro que ha sido con ella.

JOAQUÍN.- Pues a ver que hacemos. Yo tampoco tengo pensado darte la pistola.

DOROTEA.- Si me quisieran escuchar...

JOAQUÍN.- Ya está bien, ¿no? ¿Qué diablos quiere?

DOROTEA.- *(Saca de uno de sus bolsillos unas balas)* Llevo un rato intentando decirles que tengo las balas aquí, que la pistola está descargada, así que a ver si dejan de hacer el tonto con la pistola y nos calmamos todos un poco.

ANTONIO.- ¿Se... seguro que está descargada?

DOROTEA.- Seguro. Si la pistola no tiene balas, nadie podrá hacer nada malo con ella. La

pistola que la guarde uno de ustedes, y yo me quedo con las balas, y así no podrá usarse.

ANTONIO.- Buf. Está bien. Guárdala tu.

JOAQUÍN.- No, no, guárdala tu.

ANTONIO.- Es que a mi estas cosas...

JOAQUÍN.- Si yo no la quiero para nada, hombre.

ANTONIO.- El que no la quiere soy yo. A mi las armas me dan miedo.

LAURA.- Pues si que... *(Coge la pistola y la tira por el ventanal)* Hala, se acabó la pistola.

JOAQUÍN.- ¿Y ahora como la usamos para defendernos? ¿Y si la coge alguien?

ANTONIO.- ¿Quién la va a coger? ¿La gallina? En fin, vamos calmamos y vamos a ver si no se tuerce más la noche.

JOAQUÍN.- ¿Qué hay del dinero?

ANTONIO.- Mi mujer y yo ya hemos mirado en nuestra habitación, y nada.

DOROTEÁ.- La casa tiene muchas habitaciones, nos va a llevar toda la noche.

JOAQUÍN.- A lo mejor, no. Hay una cosa que podemos hacer para saber donde está el dinero: Preguntárselo a Consolancia.

ANTONIO.- Ejem, yo no quisiera discutirte la brillante idea. Pero hay un problemilla. Pequeño, ¿eh? Pero problemilla. ¡La tía está muerta!

JOAQUÍN.- Si, pero hay maneras de hablar con los muertos. Podemos invocar a la difunta.

LAURA.- Ah, no, hasta aquí hemos llegado. Yo no quiero saber nada de eso.

DOROTEÁ.- Esperen. ¿Es eso posible?

JOAQUÍN.- Claro que lo es. Sentaos en esta mesa, y cogeos de las manos. Yo ya lo he hecho muchas veces. Si nos concentramos, la difunta aparecerá y podremos preguntarle donde está el dinero.

ANTONIO.- Si, claro, y de paso llamamos a Manolete y le preguntamos si anda dando pases de pecho a San Pedro en el cielo.

DOROTEÁ.- A mi no me parece mala idea. No hay nada que perder.

JOAQUÍN.- ¿Qué os cuesta? Venga, sentaos alrededor la mesa, y cogeos de las manos.

LAURA.- ¡Que no! Que a los muertos vale más dejarlos en paz.

ANTONIO.- Anda, Laura, vamos a hacerles caso. Puedes estar bien segura que aquí no va

aparecer nadie, y menos un muerto. Oye, cielo, ¿le tienes aprecio a ese jarrón, o es que echas de menos a la muñeca con la que dormías de niña?

LAURA.- (*Lo posa*) Mira, Antonio, que no está la noche para estas cosas. A los muertos dejadlos muertos, y vamos a buscar a lo tradicional, bajo las camas, en los cajones...

JOAQUÍN.- Vamos a ahorrar mucho tiempo con esto, ya veréis. Son más de las doce, y el notario viene a las ocho. Esto no va a llevar ni diez minutos, y vamos a enterarnos de dónde ha guardado la tía el dinero.

ANTONIO.- Siéntate, anda. Si solo vamos a hacer el payaso diez minutos, tampoco perdemos tanto tiempo. A lo mejor, la que viene es la gallina. ¿Le echamos maíz entonces?

JOAQUÍN.- Cogeos de las manos. (*Lo hacen*) Hay mucha luz. (*A DOROTEA*) Haga el favor de apagar algunas velas, deje solo una. (*DOROTEA lo hace, y baja la luz*)

ANTONIO.- A ver si la tía tropieza por la escalera con tanta oscuridad...

JOAQUÍN.- ¡No lo tomes a broma! Esto es científico.

ANTONIO.- Esto es una patochada. Científica, pero patochada.

JOAQUÍN.- Cerrad los ojos y vamos a llamar a la tía.

LAURA.- ¡Doña Consolancia!

JOAQUÍN.- ¿Quieres callarte?

LAURA.- Ah, como dice que vamos a llamar a la tía.

JOAQUÍN.- Dejadme invocar a mi. (*Como en trance*) Consolancia, si estás ahí haznos una señal.

ANTONIO.- Está enterrada en el cementerio del pueblo, hombre, no la vamos a oír.

JOAQUÍN.- ¡Chits! ¿Estás ahí? Invocamos a los muertos. Hacednos una señal. (*ANTONIO bosteza*) Queremos hablar con el más allá. Mostraos.

ANTONIO.- ¿No hará falta un teléfono?

JOAQUÍN.- Invocamos a los muertos de esta casa. Venid a nuestra presencia.

ANTONIO.- Por cierto, ¿vienen volando en una escoba como las brujas o...?

JOAQUÍN.- (*Muy fuerte*) ¡Mostraos! ¡Mostraos! (*De pronto aparece ÁNGELA en la escalera, tal como estaba, pero con la cara pálida y despeinada. Se mueve*

pausada y con los brazos colgando)

ÁNGELA.- ¿Qué queréis de mi? *(Las mujeres gritan. LAURA se pone en el regazo de ANTONIO, que está petrificado, abrazado a él. El único que parece ver la cosa “normal” es JOAQUÍN, que sigue con su trance)*

JOAQUÍN.- ¡Callad!

ANTONIO.- O...Oye, es tu esposa.

JOAQUÍN.- Al invocar a los muertos en ocasiones no viene el que queremos, pero igual nos puede servir.

LAURA.- Ay, Antonio...

ANTONIO.- Laura, me estás dejando sin respiración, afloja un poco, tesoro.

JOAQUÍN.- Calmaos y no rompáis el círculo.

LAURA.- ¿Que no rompamos el qué? ¡A mi no me separas de este ni con una espátula!

JOAQUÍN.- ¡Callad! Ángela, queremos hablar contigo. Queremos saber donde está el dinero de la tía. ¿Tu lo sabes?

ÁNGELA.- ¿Quién se atreve a llamarme?

LAURA.- ¡Ha sido tu marido! ¡Se ha empeñado él!

ÁNGELA.- ¿Quién se atreve a perturbar mi descanso?

LAURA.- ¿No oyes que ha sido tu marido?

ANTONIO.- Calla, Laura, que vas a acabar enfadándola.

JOAQUÍN.- Habla, Ángela, dinos lo que queremos saber.

ANTONIO.- Y de paso, si dice algo de la lotería o la quiniela...

ÁNGELA.- ¡En esta sala hay un asesino!

DOROTEA.- ¿Y para eso viene del más allá? ¿Para decirnos lo que ya sabemos?

LAURA.- ¿Del más allá? Pero si estaba en el piso de arriba.

JOAQUÍN.- No os pongáis nerviosos. Quizás quiera decirnos quién la ha matado. Por fin vamos a saber quién es el asesino. Dinos Ángela, ¿quién es?

ÁNGELA.- Está en esta sala.

DOROTEA.- Pues si que... Hasta ahí casi llegaba yo.

JOAQUÍN.- ¿Quién te ha matado, Ángela? ¿Quién ha sido? *(ÁNGELA levanta un brazo y señala hacia la mesa, sin estar muy claro a quién)* ¿Quién, Ángela? ¡Dínoslo!

ÁNGELA.- ¡Ella! ¡El ama de llaves! *(Desaparece por las escaleras andando de espaldas.*

Se levantan todos dejando a DOROTEA en medio. LAURA sigue abrazada a ANTONIO)

JOAQUÍN.- ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Con esas pintas tenía que ser ella!

DOROTEA.- ¡Eso es mentira! ¡Yo no la he matado!

ANTONIO.- ¡Y a su compañero también! Con lo buen hombre que parecía...

LAURA.- Parecía la alegría de la huerta, sí.

DOROTEA.- Yo no he sido. Ese espectro está equivocado.

JOAQUÍN.- Los muertos nunca mienten. Antonio, ayúdame y vamos a encerrarla hasta que llegue mañana el notario.

ANTONIO.- Como no me quites de encima a esta otra...

DOROTEA.- *(Escapa por las escaleras)* ¡Yo no he sido! ¡Yo no he sido!

JOAQUÍN.- Vamos a por ella. *(Salen JOAQUÍN y ANTONIO detrás de ella)*

LAURA.- ¡No me dejéis sola! *(Enciende las velas y vuelve a iluminarse la escena del todo. Habla a la escalera)* ¡Hemos quedado en no dejar a nadie solo! ¡Ay, madrecita! *(Pasea nerviosa)* ¡Que igual la muerta aún sigue por ahí, hombre! *(Se arrima a la escalera)* ¿Venís para acá de una vez? *(Pasea nerviosa, y en ese momento se oye de nuevo cacarear a la gallina. LAURA va hacia la escalera, y de pronto DOROTEA le cae encima. LAURA grita)* ¡Ah! ¡Ayudadme, que me mata! *(Se zafa de ella, y DOROTEA cae al suelo. LAURA coge otra vez el jarrón)* ¡Ni se mueva de ahí! ¡Antonio! ¡Antonio!

ANTONIO.- *(Entra, con JOAQUÍN)* ¿Qué pasa? ¡Aquí está!

JOAQUÍN.- ¡Levántese, Dorotea! ¿Dorotea? *(Se agacha a su lado y la toca. Asustado)* ¡Demonios, está muerta! ¡Laura!

LAURA.- Oye, oye, que yo el jarrón no lo he usado para nada, ¿eh? Ha sido ella la que se ha echado sobre mi.

JOAQUÍN.- *(Sigue al lado de DOROTEA)* Esta mujer tiene marcas en el cuello. ¡La han estrangulado con una cuerda!

LAURA.- ¿Lo veis? ¡No he sido yo! ¿Cómo iba a estrangularla si no tengo fuerza ni para levantar este jarrón?

ANTONIO.- *(Se va al lado de LAURA)* Pues si no has sido tu, ni he sido yo, solo queda una persona que haya podido ser.

JOAQUÍN.- Eh, para el carro, que yo no he matado a nadie.

ANTONIO.- ¿Y entonces, quién? Porque no creo que haya sido el fantasma de tu esposa.

JOAQUÍN.- Igual has sido tu. En el pasillo nos separamos para dar con esta mujer. Has tenido la oportunidad igual que yo.

LAURA.- (*Se separa asustada de ANTONIO*) ¡Antonio!

ANTONIO.- Laura, no le harás caso a ese imbécil, ¿no?

LAURA.- Antonio, cuando murió la esposa de ese, tu no estabas en la habitación. Cuando murió el mayordomo, habías salido al pasillo, y ahora también estabas solo por el pasillo.

ANTONIO.- Laura, yo no he sido, de verdad. ¡Ha sido ese! ¡Tuvo que ser él!

JOAQUÍN.- No hagas caso, Laura, yo no he sido. Ven conmigo, que yo te defiendo.

LAURA.- (*Lo amenaza con el jarrón*) ¡Tu quieto ahí también! También has tenido oportunidad de matar a los tres. ¡No os arriméis a mi ninguno de los dos!

ANTONIO.- Laura, Llevamos casados más de diez años. No puedes creer que sea yo.

LAURA.- Aquí han muerto tres personas, y yo no voy a ser la siguiente. Si de algo estoy segura es de que yo no he sido, y aquí solo quedáis vosotros. Mientras no sepa seguro quién es el culpable, ninguno de los dos se va a arrimar a mi. ¿Está claro?

JOAQUÍN.- ¿Y el dinero?

LAURA.- ¡Al diablo con el dinero! Tienes a tu esposa muerta, ¿y no se te ocurre pensar nada más que en el dinero?

JOAQUÍN.- Yo...

ANTONIO.- ¿Ves como ha sido él? Cualquiera otro estaría muy preocupado por su esposa, pero él no.

JOAQUÍN.- ¡Y estoy consternado! Pero el dinero me hace mucha falta. Debo una cantidad muy grande, y tengo que pagarla ya, o puedo acabar con muchos huesos rotos.

ANTONIO.- A lo mejor todo esto es por la maldición. Estoy seguro de que he oído una gallina ya tres veces, y eso es muy raro. Cada vez que cacarea esa dichosa gallina, muere alguien. (*Miran al cuadro*) Tal vez no sea ninguno de nosotros. Piénsalo.

JOAQUÍN.- Escuchad. Ya sé que no creéis en todo esto, pero, ¿porqué no hacemos un

conjuro por si es verdad lo de la maldición?

LAURA.- Eso, hombre, primero andas levantando a los muertos, y ahora un conjuro.

ANTONIO.- No lo veo mal. Tengo el cacareo de esa gallina clavado en la cabeza. ¿Qué podemos hacer?

JOAQUÍN.- Cuando hay un alma en pena, lo que hay que hacer es buscar el cuerpo para darle cristiana sepultura.

LAURA.- ¡Bien pensado! Pero, un par de cosas, hijo. Uno: Este alma no está en pena, está en pepitoria. Y dos: ¿Cómo carajo vas a enterrar el cuerpo si se lo comió el señor?

JOAQUÍN.- Pues eso es lo que hay que hacer. ¿Y si enterramos el cuadro?

LAURA.- ¡No quiero oír más nada! No creo que ninguna gallina nos esté matando. Esto es una persona de carne y hueso, y mientras no sepa cuál de vosotros dos es, no quiero tonterías. Id a llevar a esta mujer con los otros dos, y venid para acá, que no quiero perderos de vista.

ANTONIO.- Pero, ¿no ves que ese puede ser el asesino? No iré con él a ningún sitio.

JOAQUÍN.- ¿No dices que puede ser la maldición? ¿En qué quedamos?

ANTONIO.- No me líes, ¿eh? No sé si es la maldición, si eres tu, o si anda el hombre del saco por esta casa, pero no voy contigo ahora mismo ni a recoger duros.

JOAQUÍN.- En eso estamos igual. Yo de aquí tampoco me muevo.

ANTONIO.- Aquí se queda la vieja, porque lo que tengo claro es que no volveré a quedarme a solas contigo.

JOAQUÍN.- Eso es lo que querrías tu, quedarte a solas conmigo, para matarme a mi también, pero no te voy a dar esa oportunidad. De aquí no se mueve nadie hasta que llegue el notario, y entonces veremos quién es el asesino.

ANTONIO.- Así será.

JOAQUÍN.- Ya está dicho.

LAURA.- *(Se agacha al lado de DOROTEA, y busca)* Lo mejor será que cojamos las balas que guardó el ama de llaves, para que no nos den problemas. *(Rebusca)* ¿Donde las tendrá? *(Busca pero no encuentra nada)* ¡Las balas no están!

ANTONIO.- Anda, Laura, no nos vengas con bromas, ¿eh?

LAURA.- No están. Me acuerdo perfectamente que las metió en el bolsillo, y ahora no

están.

JOAQUÍN.- Da lo mismo, la pistola la has tirado por la ventana, así que da igual que ese desgraciado tenga las balas. Como no las tire con tirachinas.

ANTONIO.- Yo no tengo las balas.

JOAQUÍN.- El que no las tiene soy yo, así que a ver donde están.

LAURA.- Igual las ha guardado en otro lugar.

ANTONIO.- No nos hemos separado desde que las guardó, así que seguro que el que la ha matado tiene las balas. *(A JOAQUÍN)* Enséñame lo que tienes en los bolsillos.

JOAQUÍN.- Te he dicho que no tengo las balas, y no soy maestro para enseñarte a ti nada. El que quiera saber, que vaya a la escuela.

ANTONIO.- ¿Tienes algo que esconder?

JOAQUÍN.- ¡Enseña tu los tuyos!

ANTONIO.- *(Se saca los bolsillos del pantalón)* No tengo ni un pañuelo. ¿Qué, Laura? ¿Aún dudas de que ese es el asesino?

JOAQUÍN.- *(Se saca los suyos también)* Tampoco las tengo, porque el asesino eres tu.

LAURA.- Vamos a calmarnos un poco, y sentémonos, porque esto hay que arreglarlo. Aún faltan unas horas para que llegue el notario, y hay que pasarlas lo mejor posible.

JOAQUÍN.- Si te parece, echamos una brisca o un dominó para no aburrirnos. O espera, a lo mejor, el ama de llaves también juega, y podemos jugar un mus a parejas. Calla, que no va a poder ser, porque está “indispuesta”.

ANTONIO.- No me parece que haya que ser tan desagradable.

JOAQUÍN.- Soy desagradable porque me da la gana, ¿vale? ¿Te parece mal? ¿Qué vas a hacer? ¿Matarme?

ANTONIO.- A veces no es por falta de ganas.

JOAQUÍN.- Después de matar a tres, uno más...

ANTONIO.- ¡Joaquín, no me calientes!

LAURA.- ¿Queréis callar?

JOAQUÍN.- *(A ANTONIO)* Tu no tienes sangre para enfrentarte a un hombre.

ANTONIO.- ¿Quieres apostar algo? *(Casi llegando a las manos)*

JOAQUÍN.- Ven, valiente, a ver si conmigo puedes igual que con los otros. ¡Imbécil!

ANTONIO.- Ahora sí que te la has jugado. *(Se pelean, mientras LAURA los manda*

parar, pero sin meterse en medio. De pronto se abre la puerta de la calle, y suena la tormenta. Las velas se apagan y queda la escena a oscuras, y se detiene un poco la pelea)

LAURA.- ¿Qué pasa ahora? *(Cacarea la gallina, suena un disparo y se oye caer un cuerpo al suelo)* ¡Antonio, Antonio! ¡Dime algo! ¡Antonio! *(Laura enciende las velas de nuevo y se ilumina la escena. En el suelo, boca abajo, está JOAQUÍN, a los pies de ANTONIO)* ¡Antonio! ¡Eras tu! ¡Eras tu!

ANTONIO.- Laura, te juro...

LAURA.- ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido matar a todas estas personas por dinero?

ANTONIO.- Yo no he sido, Laura. Estábamos enzarzados, pero al apagarse la luz, nos separamos.

LAURA.- No puedo creerlo.

ANTONIO.- Además, ¿no has oído a la gallina volver a cacarear? ¡Es la maldición!

LAURA.- ¿Vas a echarle la culpa? No quedamos más que tu y yo. *(LAURA ve la pistola en el suelo, cerca de JOAQUÍN, y la coge como un rayo. Apunta a ANTONIO)* Quédate quieto ahí, no des un paso.

ANTONIO.- ¿Qué haces, Laura? Baja esa pistola.

LAURA.- ¿Para qué? ¿Para que la vuelvas a coger y la uses conmigo? ¡No te muevas de ahí!

ANTONIO.- *(Hace amago de ir hacia ella)* Laura, dame esa pistola... *(LAURA dispara y ANTONIO echa mano al pecho)* Laura, tesoro, esto resquema un poco... *(Cae fulminado al suelo. LAURA queda espantada, y suelta la pistola, sin creer lo que ha hecho)*

LAURA.- ¡Antonio! ¡Antonio! *(Se arrodilla en el suelo junto a ANTONIO y llora, y de repente se levantan JOAQUÍN y DOROTEA)*

JOAQUÍN.- *(Aplaudiendo)* ¡Muy bien! ¡Muy bien!

LAURA.- *(Sin entender nada)* Pero... Si ustedes estaban...

JOAQUÍN.- ¿Muertos? Yo aquí no veo más que un muerto, ese. Y no veo más que una asesina, ¿no le parece Dorotea?

DOROTEA.- Eso veo yo.

LAURA.- ¿Un muerto? ¿Y su esposa? ¿Y el mayordomo?

ÁNGELA.- *(Entra de la calle)* No puedo estar más viva.

ANSELMO.- *(Entra por las escaleras, con el mango del cuchillo en la mano)* ¿La señora encuentra algo que no esté a su gusto?

LAURA.- Pero, ¿y toda la sangre?

ÁNGELA.- *(Moja el dedo un poco y lo chupa)* Tomate. Las cosas, cuanto más sencillas, mucho mejor.

LAURA.- No... no entiendo...

JOAQUÍN.- No hay mucho que entender. Éramos muchos a repartir la herencia, y había que deshacerse de algunos. De los criados no podía ser, que bastante hicieron ya con “ayudar” a la tía a que estirara la pata a base de echarle veneno en las tisanas que tomaba, así que solo quedabais vosotros. Pero como no era cosa de mancharse las manos matando a nadie, decidimos montar toda esta comedia para que lo hicierais vosotros solos. Ha costado disimular, porque no se sabía cuando podíais estar escuchando y cuando no, así que hacíamos la comedia aunque no estuvierais delante, por si acaso, pero al final ha salido todo perfecto. Has matado a tu marido, y ahora vas a ir derechita a la cárcel.

LAURA.- ¡Eso habrá que verlo! Voy a contar todo lo que pasó aquí.

JOAQUÍN.- Ya, Laura, ya, pero es que nosotros vamos a contar otra cosa: Que habíais reñido y que le disparaste delante de todos nosotros. ¿No es así?

ÁNGELA.- ¡Qué bien hablas cuando quieres, cariño!

LAURA.- *(Coge la pistola)* ¡No va ser y no va ser! Os llevo a todos por delante. Igual me da ir a la cárcel por matar uno que por matar cinco.

ÁNGELA.- Como no nos mates a culatazos... *(Saca las balas del bolsillo)* En la pistola solo había metido dos balas, una con la que “maté” a mi maridito disparando al aire, y la que has usado para matar al tu esposo.

LAURA.- *(Aprieta el gatillo varias veces, pero la pistola no dispara)* ¡No puede ser! ¡No puede ser! *(Enfrentándose)* Al menos, el dinero no lo vais a conseguir, y va a ir todo para las monjas.

ÁNGELA.- ¿Para las monjas? No, cariño. Consolancia lo ha dejado todo a tu marido, al mío y a los criados a partes iguales, salvo que alguno falleciera, en cuyo caso la herencia sería para el resto. El testamento que has visto era una falsificación

para que toda la historia casara mejor. Lo dejé intencionadamente encima de la mesa para que lo leyerais, y no tardasteis ni dos minutos en creer todo lo que habíamos puesto en él.

LAURA.- ¿Y la maldición? ¿Era todo mentira?

DOROTEA.- Todo no. Bien es verdad que el señor se había obsesionado con la gallina, y que la señora la mató, pero el resto de la historia es de cosecha propia. Tengo que reconocer que quedó muy intrigante. Y así explicaba porqué la señora había muerto tan próxima en el tiempo del señor. ¡Era la maldición! (*Ríen los cuatro*)

JOAQUÍN.- Bien, pues ahora solo queda ir a buscar a la guardia civil, declarar, y mañana repartir la herencia entre los cuatro. Anselmo, ¿vas a buscar a la guardia civil?

ANTONIO.- (*Se levanta de pronto*) No hace falta, ya está aquí. (*Saca una pistola de la chaqueta y apunta a los cuatro, mientras LAURA se va a su lado*)

JOAQUÍN.- ¿Qué es esto?

ANTONIO.- Es lo que parece, una confesión en toda regla de que Doña Dorotea fue asesinada por los criados, y que vosotros estabais compinchados con ellos. Lo que nos hacía falta. ¿Pensabais que se os daba bien la comedia? Pues ya veis que a mi compañera y a mi, se nos da mucho mejor. Aunque os reconozco que la hicisteis bien, el premio nos lo llevamos nosotros.

ÁNGELA.- No entiendo nada.

ANTONIO.- ¿No lo entiende? Cuando Doña Consolancia murió, Antonio, su sobrino, no estaba del todo convencido de que hubiera sido muerte natural al ir tan seguida de la de su tío, así que vino al cuartel a hablar con nosotros y decidimos que viniese yo a investigar con mi compañera, a ver si había algo de verdad en lo que decía, haciéndonos pasar por él y su mujer, y disimulando en todo momento, como vosotros. Y no se equivocó ni un ápice. Laura... O sea, Marta, que ya te puedo llamar por tu nombre real, coge la pistola y las balas. (*Lo hace, y carga la pistola, con la que apunta a los cuatro*) Y ahora, si son tan amables, van a ir saliendo por la puerta, que al lado del derrumbe del camino está el coche esperando para llevarlos al cuartel. Por cierto, sí que hay una cosa que me gustaría que me explicaran. ¿Quién hacía el ruido de la gallina?

JOAQUÍN.- ¿Qué gallina? ¿Qué ruido?

ANTONIO.- Venga, que ya han caído, y eso no va a ningún lado, no me dejen con la duda.

¿Quién hacía lo de la gallina cacareando cada vez que alguien se hacía el muerto?

JOAQUÍN.- No sé de qué estás hablando. ¿Vosotros sabéis algo de ese asunto? *(Todos niegan)*

ANTONIO.- Pero, entonces... *(Se quedan todos mirando el cuadro de la gallina, mientras se oye cacarear la gallina y cae el*

TELÓN